

MISA DE REAPERTURA DE LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO DE ASÍS

Iglesia de San Francisco de Asís, 23 de diciembre de 1987

Excmo. Sr. Pro Nuncio Mons. Giulio Einaudi, representante entre nosotros del Papa Juan Pablo II.

Queridos hermanos y hermanas:

En 1599, el Convento antiguo de San Francisco hace donación de un solar dentro de su término para que la Tercera Orden Franciscana, que se había unido a la Cofradía de la Santísima Veracruz en sus cultos, fabricase una Capilla para sus ejercicios y juntas; obra que se llevó a cabo entre 1608 y 1618. Se llamó Capilla de la Veracruz.

En 1841, al ocupar el Gobierno colonial el Convento de San Francisco por la ley de la exclaustación, la Tercera Orden Franciscana es despojada de su Capilla. La Tercera Orden Franciscana gestiona la devolución; y el Capitán General propone trasladar la Capilla a la Iglesia de San Agustín, sita en el ángulo de la calle de Cuba con la de Amargura, de donde habían tenido que salir los agustinos, afectados por la misma ley de exclaustación.

El 25 de abril de 1842, la Junta de la Tercera Orden Franciscana pide al Regente del Reino la permuta de su Capilla, por compensación, por la Iglesia de San Agustín. Esta Iglesia comenzó a construirse en 1608 por religiosos ermitaños de San Agustín; pero por haber permitido su fundación el Obispo D. Alonso Enríquez de Almendáriz sin previo acuerdo con el Capitán General, Vice-Real Patrono, no llegó a continuarse hasta el año de 1633.

En sesión del 9 de enero de 1843 de la Tercera Orden Franciscana se da cuenta de haberse recibido la Real Orden del 2 de noviembre de 1843 permutando la Capilla de la Veracruz por la iglesia de San Agustín. Se suspende provisionalmente la sesión, trasladándose los miembros de la Junta a dicha iglesia a entonar un Te Deum de acción de gracias.

Después de muchas luchas, la Tercera Orden Franciscana consigue que el Obispo Diocesano dispusiera el restablecimiento de la Primera Orden de San Francisco en el ex convento de San Agustín. Tomaron posesión definitivamente el 19 de septiembre de 1896.

Tanto en la iglesia como en el Convento se hicieron grandes reformas. En el año 1925 se inauguró la iglesia reconstruida gracias a los esfuerzos gigantes del P. Juan Pujana. De lo viejo solo se respetaron las paredes exteriores, pero aun ellas hubo que levantarlas a mayor altura, después de reforzarlas y revestirlas, de acuerdo con el estilo general del renacimiento español. Su altar mayor, de escayola, es grandioso, de primoroso gusto. En su nicho principal está colocada una bellísima estatua de San Francisco, esculpida en caoba cubana por J. de Guraya; es, según los críticos, una verdadera obra de arte.

La Iglesia fue cerrada al culto el lunes de Pascua de Resurrección, 11 de abril del año 1966. Y vuelve a celebrarse esta noche la Eucaristía en ella a los veinte años y nueve meses de haber cesado en sus funciones como templo católico, en el Día de Navidad del año del Señor de 1987.

Queridos hermanos y hermanas:

Como traídas involuntariamente por el texto sagrado que ha sido proclamado en esta Liturgia de Navidad, pasan ahora con nitidez ante mis ojos las imágenes finales de una formidable película: «Sacrificio», del desaparecido director Andrei Tarkowsky.

Bajo un árbol casi seco, pero reflorecido como por milagro en su rama más alta, un niño tendido sobre la yerba y mirando las hojas verde-tierno que se recortan en el cielo, evoca a su padre, internado desde esa mañana en un manicomio. Y lo recuerda de pie, regadera en mano, junto al árbol, reseco en aquel momento y al que acababa de regar con una terca convicción que no parecía fundarse en ninguna experiencia del mundo vegetal, el pequeño había escuchado entonces, de labios del papá, unas misteriosas palabras que repetía ahora dulcemente, en voz baja:

«En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios».

El retoño del árbol, la vida recobrada más allá de las apariencias de muerte, todo, es posible porque el Verbo era desde el principio, porque Dios existe desde siempre. Si hoy celebramos Navidad es porque la Palabra era al principio y la Palabra era Dios y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros.

Nosotros, las personas inviolables y dignas, y las cosas, en su exacta realidad, somos verdad porque hay alguien que es antes que todo y está al principio de todo y sin él «no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas». Su ausencia de nuestro pensar o de nuestro querer deja a los árboles y a los corazones secos, y no hay más razón de vivir que la de esperar la primavera universal, que llegará infaliblemente, no por causa de nuestros obstinados riegos, que son solo muestra de una necesaria perseverancia, sino porque en el principio era el Verbo y el Verbo es Dios y Dios todo lo hace y todo lo puede.

Como árbol seco plantado en esta esquina nos pareció durante casi veinte años esta iglesia antigua, que no antigua iglesia en toda pureza idiomática y recta intención. Aquí, justamente, donde se cruzan la calle de Cuba, que ha llevado el nombre de la Patria por mucho tiempo, primero como promesa, después como cumplimiento, y la calle de Amargura, recorrida tantas veces por generaciones de habaneros, acompañando a Jesús que, en su camino hacia el Calvario, apuró hasta las heces el cáliz amargo del dolor... Y la calle guardó para siempre, en su nombre, la amargura de Cristo.

Se encuentran, pues, en este ángulo privilegiado de La Habana Vieja, en el símbolo de los nombres, dos amores para mí inseparables, el de Jesucristo y el de la Patria. Pero esta esquina, en un momento, se tornó encrucijada de caminos y a los católicos nos llegó a parecer, como en esos sueños sin sentido, que nos ponen en sobresalto, que la fachada norte del templo, la que da sobre la calle de la Amargura, se hacía larga, interminable, y como alta y sombría. Muchas veces mirábamos hacia arriba cómo se recortaba la torre triste sobre un cielo extrañamente gris. Y un día vimos maravillados que el árbol seco comenzaba a florecer, precisamente en su alta torre, en sus techos, recorridos por obreros que los reparaban amorosamente. Y hoy el templo augusto, recobrando su dulce eco inicial, oye resonar de nuevo en sus naves las palabras eternas: «En el principio era el Verbo y el Verbo era Dios».

Para este florecer sabemos bien del riesgo perseverante de algunos jardineros, desde hombres con responsabilidades públicas, hasta el último pintor, y esto lo agradecemos de veras. Pero también ahora, al despertar del doloroso letargo y descubrir aquí la iglesia de San Francisco de Asís, esplendorosa, en su justo tamaño, da más gracias a Dios porque «sin él no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas».

Redescubrir esta iglesia en su real dimensión, a casi dos años del ENEC, en esta Navidad que ha traído al mundo tanta esperanza de Paz y de reconciliación, se vuelve significativo para los católicos cubanos, que no deseamos limitar el alcance del hecho a lo que tiene que ver inmediatamente con este templo, sino referíalo a la vida toda de nuestra Iglesia en Cuba. Porque no hace falta un gran esfuerzo reflexivo para comprender que el camino de la Iglesia es un peregrinar con Cristo en la fe, transitando también por la calle de la Amargura. Pero, manteniéndonos voluntariamente dentro del simbolismo de las cosas y de los nombres, los católicos cubanos no podemos pasar nunca de largo, porque Cuba está en la esquina, nos sale al paso, la fachada principal de la iglesia se abre sobre ella. Por esto, ante los ojos afiebrados de amor de San Francisco de Asís queremos, al reabrir su templo al culto del Único Dios, que se abra también un tiempo de esperanza, que esta esquina recobre su contorno tradicional, criollo y sea lugar de encuentro.

Esta iglesia es la única de la ciudad de La Habana que tiene como titular a San Francisco de Asís, el santo que dejó la casa rica de su padre y se fue a reparar iglesias y a fabricar belenes, para que los hombres pudieran tocar con sus manos a Dios-con-nosotros, la Palabra hecha carne en Jesús de Nazaret, para que pudiéramos hallar en la pobreza de Dios la capacidad de crear una nueva fraternidad fundada en el desasimiento. Reconocer nuestra pobreza radical es encontrar la verdadera posibilidad de ser hermanos, porque en nuestro desvalimiento comprendemos la necesidad que tenemos de los otros humanos, de los animales, de las plantas y de la naturaleza toda. Necesitamos al hermano sol y a la hermana luna, pero necesitamos también lo aparentemente inútil o superfluo, como el grillo o como la flor. El remedio para los males provenientes de la no aceptación de nuestra indigencia es la reconciliación con las personas y con las cosas, aun con la hermana muerte. Vivir reconciliados es el modo propio de ser discípulos de Jesucristo. El hombre reconciliado siembra reconciliación, la suscita aún en el enemigo: se amansa el lobo cuando es mirado con dulzura por Francisco. Por este camino, el Santo promueve la paz, que va brotando desde dentro, como un manantial, que se instala en la médula misma de la existencia y que es la consecuencia feliz de un modo de considerar el mundo y los hombres a partir de un amor universal. Este es el espíritu de la Navidad. En este espíritu que es el de San Francisco, porque es el de Cristo, se abre de nuevo este templo; en este mismo espíritu quiere la Iglesia Católica de Cuba realizar su misión.

La Paz que proclamaron los ángeles en la primera Navidad del mundo es, al mismo tiempo, don de Dios y tarea nuestra. Plantada por Jesús en nuestros corazones, debe fructificar en fraternidad y reconciliación, como supo hacerla florecer en su vida, en su tiempo y hasta hoy, San Francisco de Asís. ¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia PAZ!

¡Qué hermoso día este de Navidad para reabrir la iglesia de San Francisco y volver a celebrar, bajo sus bóvedas centenarias, la Santa Eucaristía, cuando la Palabra, proclamada primero, se hace carne y habita entre nosotros, «porque en esta etapa final ... «Dios ha querido hablarnos...» por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha ido realizando las edades del mundo. Él es el reflejo de su gloria, impronta de su ser. Él sostiene el universo con su palabra poderosa. A Él la gloria por los siglos de los siglos. AMÉN.